

¿PARA QUÉ LA DEMOCRACIA?

¿Puede la democracia corregir las injusticias?

No hay revolución por decreto, la impaciencia es la enfermedad de los totalitarios. Desde la paciencia laboriosa aparecerán ciudadanos libres donde hubo esclavos, gentes que recuperarán esa memoria de humanidad con la que todos venimos al mundo, lo que todos debemos saber por el hecho de ser hombres.

.....
Carlos Buendía

Universidad Complutense de Madrid.

Peores las dictaduras

No hay dictadura buena. La democracia es ese sistema político en el que, como dijera Churchill, cuando alguien llama a la puerta de la calle a las seis de la mañana, se sabe que es el lechero, y siempre es mejor encontrarse con el lechero que con un encapuchado armado. La democracia formal, en donde el Estado sirve a los intereses de los más poderosos, es el peor régimen... excludos los demás. ¿Nada más? La democracia no es un absoluto ni un proyecto sobre el futuro, sino un método de convivencia civilizada. La democracia, siendo el menos malo de los regimenes, dista de ser el óptimo. Gobierno tiránico es aquel donde el superior es vil, y los inferiores envilecidos; gobierno bueno, aquel que hace felices a los gobernados, y atrae a los que viven lejos; el mejor gobierno aquel que nos enseña a autogobernarnos; el gobierno óptimo, aquel que se hace superfluo. Se puede estar críticamente en favor de la democracia, bajo cuyas capas diferentes se esconden demasiadas espadas, pero nunca fuera de la democracia.

Si no cabe esperar siempre buenas leyes ni justicia de los Estados donde reina la democracia formal, menos aún de los dictatoriales. Verdad es que la justicia sin la fuerza, y la fuerza sin la justicia, constituyen dos grandes desgracias; sin embargo, los dictadores siempre olvidan que gobernar es pactar, y que pactar no es ceder, sino saber rectificar. Ellos se creen hombres incorruptibles — no es difícil autoconvencerse de lo que se quiere—, y hasta piensan que son como los billetes de banco de un millón, que es difícil cambiarlos. Por eso no quieren enterarse de que los gobiernos son velas; los pueblos, el viento; el Estado, la nave; el tiempo, el mar; y ellos, el lastre. Ellos, los dictadores, fusilarían a quienes se atreviesen a decirles a la cara esta frase: una papeleta de voto es más fuerte que una bala de fusil. Sin embargo, nunca se entra en un corazón por la fuerza, nadie puede ser llamado señor de otro por fuerza, tirano sí; por la fuerza un rey puede hacer un noble, pero no un caballero. La fuerza tiránica sólo es capaz de hacer esclavos en torno a sí, el tirano hace a los esclavos, y los esclavos que aceptan su esclavitud hacen a los tiranos. Ése es el círculo letal en que la gente, en lugar de pensar, recita, y en lugar de ca-

¿PARA QUÉ LA DEMOCRACIA?

minar, repta. Sin embargo, el dictador está siempre amenazado, pues a muchos ha de temer quien es temido por muchos.

Aunque los desafíos de la democracia nos incumben a todos, no todos le afrontarán. Serán muchos los que —marginados, desarraigados— no podrán llegar a plantearse cómo colaborar, pues bastante tendrán con sobrevivir cada día. Habrá otros que, no tan pobres económicamente, se encontrarán tan desestructurados personalmente, que difícilmente lograrán emerger del fondo oscuro de su caverna: alcoholizados, deprimidos... Un tercer grupo de inhábiles democráticos lo forman los egoístas acérrimos, para los cuales prójimo es aquél cuyo parpadeo me molesta. Finalmente, tampoco aportarán nada a la causa democrática los pesimistas que ven al hombre es un animal depravado e irrecuperable. Entonces, ¿para quién es el reto de la construcción de una convivencia democrática? Cada valor conculcado o lesionado se constituye en un reto o desafío para aquellas personas que quieran vivir como personas y ser tratadas como tales, tratando de igual modo a los demás.

La democracia numérica, necesaria pero insuficiente

La democracia tiene dos dimensiones. Por un lado la cuantitativa o numérica, donde rige la ley del número, no necesariamente la ley de los mejores. Gobierna el más votado, aunque solo sea por un solo voto. Sin embargo, en las democracias no consolidadas los demagogos recurren al voto del miedo («habrá caos poselectoral si mi partido no triunfa por amplio margen»), que no sólo es una incitación al fraude, sino una grave vulneración de los derechos humanos y una conculcación de los mínimos éticos. Las democracias han de ejercer el arte adulto (niños y locos no votan) de la «desconfianza activa», no sólo poniendo en marcha mecanismos institucionales que lo impidan, sino aumentando el control popular con el fin de reducir en lo posible las «mediaciones» manipuladoras. En una democracia adulta los ciudadanos propician un voto limpio y un permanente control institucional activo, recordemos que «democracia» significa «poder popular», de ahí la necesidad de organizaciones intermedias. El voto no es una fulguración inmediata en medio de una tormenta, sino la condensación de toda la vida. Sólo la custodia del voto por cada ciudadano evita el «prometeísmo» electoralista, donde cada político se convierte en un hábil prometededor de todo...

A pesar de su humildad, hay que practicar la democracia numérica, pues el abstencionismo es enemigo de la democracia. La democracia no es un sistema de fugas o de renunciaciones, sino de laboriosidad cívica. Un hombre

un voto, primero; un hombre un control, después. Practicar la democracia es propio del responsable que responde no con el voto avestruz (cuando votas escondiendo la cabeza antes que ver los problemas), ni con el videovoto (si votas por el candidato más fotogénico, por el partido que gasta más en publicidad), ni con el voto borrego, ni con el voto corazonada («me late que este gallo es el bueno»), ni con el no-voto («los políticos son una basura», «este país no va a cambiar»). De la democracia no hay que esperar más de lo que puede dar, pero tampoco menos. Por tanto, rechazamos frases manidas que sólo atraviesan palos entre las ruedas del carro cuando definen a la democracia como «soberanía del innoble», «arte de hacer oprimir al pueblo por el pueblo en interés del pueblo», «vicios de unos cuantos puestos al alcance de la mayoría», «derecho de cada uno a ser su propio opresor», «yo soy igual que tú, pero tú no eres igual que yo», etc.

Democracia moral: el ciudadano virtuoso

La democracia numérica debe ser a la vez democracia moral, la que está compuesta no solamente por quienes quieren ser muchos, sino además buenos. Cuando por un solo voto no se concede la victoria, quedan desacreditados todos los votos; en la democracia moral un solo voto permite gobernar al ganador, porque cada voto es fin en sí mismo, y quien viola un voto lesiona a toda la humanidad, del mismo modo que quien apalea a un niño apalea a todo lo humano. El demócrata moral, si triunfa el adversario, sigue trabajando con los medios a su alcance hasta liberar la polis del asedio de sus secuestradores, por eso hay que prepararse mucho. Nada de abandonar, maldecir o no reconocer el triunfo ajeno; en la democracia moral hay que aprender a perder numéricamente si se quiere ganar moralmente algún día, el día de la verdad.

Mas ¿cómo pasar a una democracia moral? Con luz de inteligencia y conversión del corazón. No hay revolución por decreto, la impaciencia es la enfermedad de los totalitarios. Desde la paciencia laboriosa aparecerán ciudadanos libres donde hubo esclavos, gentes que recuperarán esa memoria de humanidad con la que todos venimos al mundo, lo que todos debemos saber por el hecho de ser hombres. La amnesia del pueblo es la ruina de la democracia, porque conlleva la hipermemoria de los tiranos. Si la democracia numérica se vive como un derecho, la democracia moral se vive como un deber que yo me autoimpongo con alegría, como la oportunidad de construir un mundo mejor. Es un deber sagrado y por tanto sacrificado, en que uno se da a sí mismo el deber

¿PARA QUÉ LA DEMOCRACIA?

sagrado de cuidar de los demás. Eso lleva molestias, tiempo, y hasta dinero. Los grandes maestros de humanidad han procedido así. Sólo soy libre cuando todos los hombres y mujeres que me rodean son libres. La democracia es la organización sistemática de la filantropía, de la cortesía, de la ayuda mutua, de la esperanza, pues se basa en que existen extraordinarias posibilidades en la gente ordinaria.

La democracia, poder compartido

Para Cósimo de Médicis («no se gobierna a los Estados con el Pater Noster»), y para los amigos del «realismo político», «la revolución no es una comida de gala, no es una fiesta literaria; no se puede ejercer con tanta elegancia, con tanta serenidad y delicadeza, con tanta gracia y cortesía. La revolución es un acto de violencia, es la acción implacable que destruye el poder de otra clase; la política es una tremenda guerra sin derramamiento de sangre, y que la guerra es una política con derramamiento de sangre» (Mao). Pero la democracia no puede ser la continuación de la política por otros medios, y por eso nos apartamos de Charles de Gaulle, según el cual «la política no es en modo alguno cuestión de virtud y de caridad, la perfección evangélica no conduce al poder. Resulta imposible concebir un hombre de acción sin una buena dosis de egoísmo, de orgullo, de dureza y de astucia. Pero todo esto se le perdona, es más, su figura alcanza mayor esplendor si los transforma en medios para realizar grandes empresas». Frente a ellos, Zeus responde al Hermes sobre cómo repartir la política entre los hombres: «entre todos, y que todos participen de ellas, porque si sólo unos pocos participan de ellas como ocurre con las demás artes, jamás habrá ciudades. Además, establecerás en mi nombre esta ley: que todo aquél que sea incapaz de participar del pudor y de la justicia sea eliminado de la ciudad como una peste».

Dos actitudes resultan inadecuadas: el hipermoralismo enfermizo (miedo a mancharse), y el amoralismo sin escrúpulos (carencia de miedo a mancharse, burla cínica de la mancha). Ambas actitudes suelen resultar comunes a los políticos y a quienes les critican. Democracia no es el arte de servir a los demás haciéndoles creer que se les sirve. Ni el conflicto de intereses disfrazado de lucha de principios. Ni el manejo de los intereses públicos en provecho privado. Ni el arte de hacer con los otros lo que no queremos que hagan con nosotros mismos. Ni la continuación de la guerra por otros medios. No es hacer marchar del brazo la verdad y la mentira para que no se sepa cuál es la mentira y cuál la verdad. No es la única profesión para la que no se cree necesaria la menor prepara-

ción. No obliga a la gente a decidirse por lo que no entiende. No es la ciencia capaz de traicionar los intereses legítimos creando otros imaginarios e injustos. No es la maña para hacer creer al pueblo que es él mismo quien se autogobierna. No es el arte bárbaro de producir víctimas ilustres, ni para triunfar en política es necesario tener aspecto de estúpido. Ni el político el rebelde de ayer, déspota de hoy. No. Ella sólo puede ser poder popular. Pero hay que tener cuidado cuando se dice que la democracia es tarea de todos, pues lo que es del común no es de ningún, por eso sería mejor afirmar que es tarea de todos y cada uno.

La democracia, arte del bien común

Cuando los ciervos cruzan un río, cada uno de ellos lleva sobre su espalda la cabeza del que le sigue, mientras él reposa su cabeza sobre la espalda del que le precede. Y, como el primero no tiene a nadie delante sobre el que reposar su cabeza, su puesto es ocupado por turnos, de tal manera que, después de un rato, el segundo pasa a primero y el primero a último. Así, sobrellevándose y ayudándose mutuamente, son capaces de cruzar sin peligro anchos ríos y hasta brazos de mar, hasta llegar a la estabilidad de la tierra firme.

Es, pues, falso que el poder corrompe y el poder absoluto absolutamente, y aquello otro de que el poder enloquece. Falso, porque donde hay poder hay ser; a más poder, más ser, la impotencia vendría a coincidir con el no ser. Por el hecho de ser, todo tiene un poder: incluso el viejo, o el niño, o el enfermo, pues sus rostros lo tienen sobre quienes no les abandonan. Así pues, cuanto más poder compartido tanto mejor, más energía, más vitalidad. El poder compartido es el único que no corrompe. A más poder compartido, mejor bien común. Si cuanto no es poder es impotencia, llenemos de igualdad la libertad, la igualdad de libertad y ambas de fraternidad, pues sin la fuerza, la justicia es impotente; sin la justicia, la fuerza es tiránica. Es preciso unir la justicia y la fuerza, hagamos que lo que es justo sea fuerte, y lo fuerte justo.

Ni gentes buenas caben en estructuras perversas, ni estructuras perversas con gentes buenas. Un régimen político justo exige personas justas, y a la inversa; «meterse en política» es hacer humanismo. Política es aquella actividad que te permite salir a la calle para mejorarla. Allí se pone a prueba lo que se dice creer y los valores que uno dice defender, y no llorando en casa. Esto exige participación, no abandono de las responsabilidades. Resultan, pues, inaceptables posturas como la siguiente: «La política es el reino de la sanción, de la amenaza persuasiva, de la disuasión terrorífica y de la imposición por la

¿PARA QUÉ LA DEMOCRACIA?

fuerza. Aquí estriba la primera diferencia esencial con la ética, que es renuncia a la sanción y a la violencia. En política el otro puede estar de más y por eso hay que quitarle de circulación como sea; en ética, el otro siempre es insustituible como aquel en cuyo reconocimiento debo reconocerme. Además, la ética se preocupa por conseguir buenas personas y la política se ocupa de lograr buenas instituciones; y las buenas instituciones se distinguen porque logran funcionar bien aunque las personas que las encarnan no sean moralmente buenas. Así que la ética no puede ser el remedio de la política» (Savater, F: Diccionario de filosofía). ¡Qué inmenso error!

Justicia, moral y política tienden todas al bien común, la comunión de ley es comunión de la ciudad y del hombre. Individuos y grupos intermedios tienen el deber de prestar su colaboración al bien común. Razones de justicia y de equidad exigen especial cuidado hacia los ciudadanos más débiles, en condiciones de inferioridad para defender sus propios derechos y sus legítimos intereses. Por eso carecen de toda obligatoriedad los deberes que dicten los gobernantes que no reconozcan los derechos del hombre o los violen.

La democracia, poder popular

«Democracia», poder popular es un término griego introducido por Herodoto. La Oración Fúnebre de Pericles llama democrático al régimen de Atenas «por no depender del gobierno de pocos, sino de un mayor número». Allí todos los ciudadanos son iguales en cuanto a su derecho a hablar en la asamblea (*isogoría*). Su correspondiente latino es *republica*, «cosa pública», «gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo», antítesis del despotismo ilustrado que pedía «todo para el pueblo pero sin el pueblo» como de la democracia censitaria o selectiva de la tradición liberal de Benjamin Constant o de Guizot (el cual tuvo —por cierto— una importante medadura de pata predictiva cuando pocas semanas antes de la Revolución de 1848 lanzó su aserto «¡el sufragio universal no llegará nunca!»).

Del pueblo cabe esperarse lo mejor y lo peor. Aristóteles considera que cien mil ciudadanos sería ya una multitud incontrolable; Rousseau pensó la democracia para los pequeños cantones suizos donde casi todos los ciudadanos se conocen y donde basta con agitar la campana para convocar a todos en asamblea: sin mediadores ni representantes elegiría cada ciudadano contemplando sin mediaciones el rostro del convecino (quizá las nuevas autopistas informáticas favorezcan el regreso a los orígenes). En virtud de tal presencialismo que rechaza la representación y opta por una soberanía popular única e

indivisible, Rousseau rechaza incluso la teoría de Montesquieu relativa a la separación de poderes. Las antiguas democracias directas fueron originariamente agrarias y artesanas donde los márgenes de enriquecimiento desigual eran limitados y controlables a ojos vista, tangibles, mientras que las actuales democracias se han ido tornando tecnológicas, dando lugar a fabulosas acumulaciones dinerarias invisibles, con la subsiguiente dificultad de su control, y a inconmensurables disparidades de fortuna. De ahí la actual democracia de masas, donde no cabe la democracia directa, sino sólo la representativa.

La democracia representativa

En la democracia de masas todos votan para elegir y controlar a sus representantes gracias al sufragio universal cuya fórmula es «un hombre, un voto». A diferencia de la democracia directa, en el sufragio universal los electores no gobiernan directamente, sino que eligen a unos delegados, diputados, representantes o compromisarios organizados en partidos políticos, los más votados de entre los cuales a su vez elegirán el gabinete de gobierno. Sus características son:

- *Responsabilidad*

La individualización de los deberes en un sistema democrático requiere un notable esfuerzo de responsabilidad personal, que no puede subrogarse: nadie puede suplirme ni obrar por mí: ni el partido, ni la masa, ni iluminado, ni representante alguno. Muchos criminales sociales surgen de la omisión y de la pasividad irresponsable de cada uno de los supuestamente no criminales, pues los criminales creen que no caerán en manos de la justicia; si caen, piensan que no los declararán culpables; si esto ocurre, se imaginan que la sentencia no será muy severa. Y lo peor es que a quienes no son criminales sociales se les debe en gran parte que aquellos piensen como piensan.

- *Autonomía y autoorganización*

El ser humano es capaz de darse a sí mismo sus propias leyes con libertad y solidaridad, trascendiendo el interés egoísta. De la autonomía brota la *isonomía* o igualdad ante la ley, donde cada uno es cada uno, juntos pero no revueltos: cada uno es idénticamente igual en ser idénticamente distinto. En una sociedad democrática los individuos llegan a ser iguales política y jurídicamente, pero no intercambiables, y por eso la autonomía deviene mutuo apoyo: todos para uno y uno para todos. Por lo demás, la autonomía solidaria, al desarrollar el altruismo, se convierte en fuente de felicidad por la auto y hetero-

¿PARA QUÉ LA DEMOCRACIA?

estima que tal actuación conlleva: la democracia participativa deviene una forma de vida en sí misma valiosa.

La democracia es, ante todo, la dinamización de actividades socializadoras: ¿cómo nos organizamos para posibilitar conductas participativas, cómo llevar adelante la cogestión en órganos autónomos municipales (empresas, patronatos, equipamientos...), cómo potenciar la formación, el asesoramiento y el apoyo a las asociaciones (participación de representantes ciudadanos en las comisiones informativas municipales, referendos de iniciativa popular...), cómo realizar todo ello con la participación ciudadana en la organización, desarrollo, seguimiento, elaboración de reglamentos, etc.?

- *Control antes, durante y después*

Para que la democracia de masas no se reduzca al mero ejercicio del voto en un mercado electoral que provoca cada vez mayor distanciamiento entre los profesionales de la democracia y la mayoría de la población, en cuyo caldo de cultivo a nadie puede extrañar que surjan fenómenos de corrupción y de desencanto, el ciudadano ha de ejercer el control de su voto siempre. El ciudadano responsable lo es siempre: en el ejercicio democrático de sus deberes y en el ejercicio democrático de sus derechos, en el voto en las urnas (o en su abstención responsable), en la elección de sus representantes, en el control riguroso de los gobernantes. Se es responsable antes de las elecciones, durante las elecciones y después de las elecciones. O —en el caso del anarquista consciente que aunque no vote trabaja día a día por la participación política— antes de la abstención, durante la abstención o después de la abstención. La democracia participativa constituye un plebiscito de todos los días, por ende no puede ser perezosa, ni excusarse en el trabajo común que evita el mío. Este esperar sin dormir marca la actitud del «resistente activo». En una convivencia articulada, culta, ética, la liberación de la sociedad civil es cosa de la sociedad civil misma, nunca una concesión gratuita del poder.

- *Conocimiento y transparencia*

Pero todo esto exige conocimiento de los hechos y de las situaciones, transparencia. El demoparticipante ha de estar bien informado de lo que se cuece en las distintas esferas del poder para alertar sobre posibles fraudes y para corregir esas desviaciones pues no basta con denunciar el mal sino que hay que anunciar el bien. Cuanto mayor es la complejidad del Estado, tanto más imprescindible se hace su conocimiento por los individuos. La democracia se define por el control. El pueblo no elige competencias o poderes para sí mismo, sino controladores para vigilar las competencias de las élites. El pueblo sabe que con eso las molesta, pero se dice a sí mismo que evitando poner cada día una piedra nueva en la Bastilla no tendrá que demolerla luego. Por eso desconfía también del ciudadano que por su propia debilidad se entrega voluntariamente a un amo. Y por eso, allí donde sea necesario un Defensor del Pueblo, allí el pueblo no sabrá defenderse a sí mismo y por ende quedará indefenso.

- *Llenar de libertad la igualdad, de igualdad la libertad*

Hay que caminar hacia una sociedad tal donde todos sus miembros tengan igual posibilidad de realizar sus capacidades instrumentando medidas que corrijan las desigualdades fácticas a fin de que cada cual pueda ver desarrollado y cumplido lo mejor de sí mismo. Si la igualdad constituyó la aspiración del movimiento obrero del siglo XIX, y la libertad (el liberalismo) la de los modernos, ¿qué sería antes, lograr la libertad o la igualdad? Lo primero es comer; bien venido sea quien antes y con menores costos humanos satisfaga esa necesidad primaria e ineludible. Pero lo urgente no ha de hacernos perder de vista lo fundante: libertad sin igualdad es vacía, igualdad sin libertad ciega; ni libertad sin igualdad, ni igualdad sin libertad. Hay que llenar de igualdad la libertad, y la libertad de igualdad: la democracia lo exige; la democracia no da al pueblo el gobierno más hábil pero hace lo que el gobierno más hábil es frecuentemente incapaz de hacer: expande en el cuerpo social una inquietante actividad, una fuerza sobreabundante, una energía nueva y, en circunstancias son favorables, hace maravillas.